

Señora Alcaldesa.

Señora Presidenta del Centro Democrático de Máguéz.

Señora Presidenta de la comisión de fiestas.

Señoras y señores.

Hay un refrán que dice: es de bien nacidos ser agradecidos, así que quiero dar las gracias a aquellas personas que creyeron que yo era merecedor de estar aquí esta noche siendo pregonero de las Fiestas de Santa Bárbara.

Antes de empezar quiero pedir dos minutos para decirles a muchas personas que solo me conocen como Pancho “el Cubano”, que mi padre, abuelos y mis tíos eran de Máguéz. Mi padre se fue a Cuba y casó con mi madre que era cubana y tuvieron cinco hijos: Lorenzo, Josefa, Juana, Marcos y yo que era el más pequeño, al morir mi padre con 42 años mi madre se vino a Máguéz, después a Gran Canaria, la única que siempre vivió aquí fue Josefa, la madre de María Elena, Teresa y Zenón.

Me llamo Francisco Figueroa Hernández, pero en la isla de Lanzarote todos me conocen por “Pancho el Cubano”, nací en la isla de Cuba el día diez de junio de 1930 en la finca los Armen Dares, dicha finca la tenía mi abuelo **Pancho Palomo** arrendada a doña Rosalía Abreu que por aquellos tiempos decían que era una de las más ricas de la isla de Cuba, mi abuelo Pancho emigró a Cuba en los años de 1870, allí se casó y tuvo muchos hijos, su primera mujer falleció, volviéndose a casar, con las dos mujeres tuvo doce hijos, mi madre era hija de la primera

mujer, y era la mayor de todos sus hijos, cuando yo tenía dos meses, mi padre enfermó y lo ingresaron en el Hospital Quinta Canaria y de todos los médicos que lo atendieron no supieron de que murió, su fallecimiento fue en agosto de 1930, mi madre intentó seguir con la finca, pero al cabo de un año se dio cuenta de que no podía aguantar el esfuerzo tan grande que tenía que hacer porque dos veces en semana tenía que llevar al mercado de la Habana todo tipo de fruta y verduras y otras muchas cosas, y al tener cinco hijos pequeños no los podía atender.



En el mes de julio de 1931 entregó la finca a doña Rosalía y decidió irse a la tierra de mi padre, que era la isla de Lanzarote, allí estuvo un tiempo hasta que marchó a la isla de Gran Canaria, mi tío Lorenzo, hermano de mi padre, que era loquero del Manicomio que lo llevaban las Hermanas de la Caridad junto con el Internado de San Antonio nos arregló todos los papales y nos metió en el Internado, entré con dos años y hasta los seis no recuerdo casi nada, al partir de esa edad, sí recuerdo mucho el edificio donde estaban los niños, eran de dos planta con dos patios muy grandes, los dormitorios eran muy largo con cincuenta camas cada uno, estas estaban arrimadas a la pared y en el centro, por la noche ponían varios cubos que era donde los niños hacían sus necesidades, algunas veces se rebosaban y el piso quedaba una porquería, cuando esto pasaba la hermana que estaba de guardia nos penaba y nos hacía rezar el rosario de rodillas, el comedor era también muy grande, nos sentábamos por los dos lados de la mesa, los “escusados” que así se llamaban los baños en aquellos tiempos, eran unos agujeros en el suelo, las cisterna estaban muy altas, muchas veces los baños estaban llenos de caca porque el agua de las cisternas nos la bebíamos porque no nos daban agua durante las horas de recreo, el desayuno siempre era igual, agua de nogal y un poco de gofio, el almuerzo era sopa de ajos, y la cena “escardón” de gofio.



Los hermanos Marcos, Juana, Lorenzo y Pancho Figueroa con su madre Emilia Hernández

Agua sólo te daban en las comidas, si querías beber fuera de las comidas tenías que subirte y beber de las cisternas, por eso los “escusados” siempre estaban sucios. Los niños mayores tenían clase por la mañana y por la tarde, los más pequeños estábamos todo el día jugando o rezando, el Internado tenía una capilla, y una farmacia, la hermana que la llevaba se llamaba sor Sacramento, la superiora sor Eulogia, había doce hermanas, la más vieja era sor Caridad , y ella fue la que me cuidaba cuando ingresé con dos años, las demás se llamaban sor Aurora, sor María Luisa, sor Teresa, sor Encarnación, Sor Juana Herrera, que se decía que estaba liada con mi hermano Lorenzo, y tuvo que dejar los hábitos, sor María, sor Asunción, sor Leocadia, pero la que fundó el Internado se llamaba sor Brígida Castello, toda la administración lo llevaba el Cabildo de Gran Canaria, su presidente se llamaba don Francisco Inglo, solía visitarnos todo los meses y siempre nos llevaba caramelos, era tan

bueno que cuando se fundó la Masa Coral, don Cristóbal del Rosario, que era nuestro director, le compuso una canción que decía más o menos así.

Cantemos con fe
cantemos con amor
cantemos en este día
a don Francisco Inglo

Sois bueno sois humilde
como usted no hay otro igual
ni en Canarias ni en España
ni en el mundo universal

La canción decía mucho sobre lo bueno que era el presidente pero con los años que han pasado no me acuerdo del resto. Cuando te levantabas, todavía sin salir de la cama, se rezaba dando gracias a Dios porque amanecimos bien sin ninguna enfermedad, antes del desayuno se rezaba dando gracias por lo que íbamos a comer, lo mismo al mediodía y por la noche, si durante el día no veías a algunas de las hermanas de la Caridad, al encontrarte con ellas tenías que agacharte y besarle el crucifijo sino te castigaba de rodilla un buen rato, pero todas eran muy buenas.



En el mes de febrero nos ponían a preparar los hilos de San Blas, porque en el día del santo todas las madres llevaban a los niños al Internado a comprarlo ya que decían que les protegían de la garganta, durante todo el día estaba, recuerdo que venían señoras del campo y se llevaban para toda la familia, ese día la comida era mejor, nos daban lentejas o potaje de judías, pero después que pasaba el día de San Blas, las comidas siempre eran las mismas.

Algún domingo nos llevaban de paseo a una finca propiedad de las Hermanas de la Caridad cerca de Barranco Seco donde le llamaban “el árbol bonito” esto era por la mañana ya que por la tarde teníamos visitas de nuestras madres.

En el año 1936 estalló la república o sea la guerra de España, en agosto de ese mismo año, mi tío Lorenzo me sacó del Internado y me llevó a vivir a Lanzarote, estaba casado con Juanica y no tenían hijos, querían adoptarme, yo ya había estado en Lanzarote cuando era muy pequeño, ahora todo era diferente, porque no vivía con mi familia sino con mis tíos, me levantaban temprano para ir al campo porque tenían animales y querían que yo aprendiera todas las cosas del campo, cuando íbamos a coger hoja de higuera me decía que me lavara las manos con orines para que no me picara la leche, todo me resultaba nuevo, incluso el vocabulario, cuando me decían “chinijo” yo no sabía que se referían a mí, o me “voy a bajar”, era que quería hacer caca y muchas palabras más.



Pancho Palomo

En la casa no había baño y las necesidades se hacían en el corral y si estabas en el campo debajo de las paredes, las comidas eran muy fuertes, potajes con mucha carne, a mí me hacían daño porque comía mucho y no estaba acostumbrado, pasaba mucho frío y siempre estaba malo, unas veces de cagalera y otras de catarro, una noche me dio un dolor de muela y mi tía me dio lo que llamaban remedios caseros: agua de clavos de comer, agua de ratonera y otras muchas cosas, y viendo que no se me quitaba dicho dolor me dijo que me iba a llevar a casa de un señor que se llamaba señor Juan de León que vivía en Haría, fuimos caminando por los Cascajos hasta su casa, él vivía en la Cruz, donde se separan Haría y Máguez, era de noche o que a mí me lo parecía porque la gente se acostaban muy temprano, mi tía tocó en la puerta y al poco rato salió un hombre muy alto y muy fuerte con un gran bigote, llevaba un “candil” en la mano que era con lo que se alumbraban por entonces, señor Juan, era hermano de la mujer de mi tío Roque, que se llamaba Clotilde de León, Roque era hermano de mi padre y de mi tío Laurencio que así era como lo llamaban, yo siempre lo llamaba Lorenzo porque era como lo había conocido, señor Juan estuvo mirándome la boca y le dijo a mi tía que no tenía ninguna muela picada, y si la veía con la luz del candil no podía verla, me dijo que me quitara los zapatos y me puso tres granos de arena dentro de cada uno, me los puse y le dijo a mi tía que cuando llegara a casa de Inocencia, que vivía empezando los Cascajos, me quitara la arena de los zapatos cuando me las quitó el dolor desapareció, me dolía un poco los pies pero se me quitó enseguida,

mi tía me decía que señor Juan sabía más que un médico, su mujer se llamaba María Luisa y era la partera de todo el municipio de Haría, a veces cuando me ponía malo me decían que me habían hecho mal de ojo, y me llevaban a casa de una señora que se llamaba seña Elvira, el rezado que me echaba para quitarme el mal decía más o menos así:

Cinco garbanzos tienes en el culote
quito cuatro te dejo uno
Si el mal que tú tienes
Con Jesucristo entró
Con la ayuda de su madre
Te lo quito yo
Dios te salve María

Cuando comía mucho decían que estaba “empanchado” y me llevaban a casa de señor Eugenio Bonilla y me estregaba la barriga, como yo no usaba sombrero cuando me dolía la cabeza decían que era que el sol se me había metido en la cabeza y me llevaban a casa de mi tía Clotilde que decían que era la mejor que lo quitaba, me hacía unos nudos en el pelo y con los dientes daba unos tirones muy fuertes, decían que así se sacaba y tenían razón porque el dolor desaparecía, también cuando me daba en alguna piedra y tenía sangre en los dedos de los pies me decían que me meara y que me pusiera tela de araña.

Mis tíos viendo que siempre estaba malo decidieron llevarme otra vez al Internado, los primeros días echaba de menos las comidas, también el Internado había cambiado, cuando salí a principio de agosto me llamaba Francisco Figueroa Hernández y cuando llegué al final de agosto me llamaba el 22 ¿por qué pasaba esto? España estaba en guerra y por las tardes a partir de las siete había toque de queda, estando prohibido a los niños estar en la calle así muchas madres que no tenían nada que darles de comer los mandaban a jugar a la calle para que los metieran en el Reformatorio, en el Internado o en el Hospicio, el quitarnos los nombres y ponernos números fue porque al pasar lista se dieron cuenta de que había varios niños con los mismos nombres y apellidos, recuerdo que conocí a cuatro niños que se llamaban José Santana Santana, con la llegada de tantos niños hubo muchos cambios, las visitas de las madres que eran todos los domingos pasó a solo una vez al mes, siendo todos los domingos primeros de mes, las comidas eran menos ya no te llenaban el plato, el pan era más corto, en los baños se hacían colas, en los patios a pesar de ser grandes no podíamos jugar a la pelota, tenías que estar en algún equipo, entraron niños muy malos, golfos de la calle y te quitaban las cosas, o te pedían el pan y tenías que dárselo porque si no te pegaban.

Yo tenía la suerte que mi hermano Lorenzo era de los mayores y todos lo respetaban, tuve que buscarme nuevos amigos, porque los que tenía antes de irme a Lanzarote ya no jugaban conmigo, hice nuevos amigos, pero tenía mala suerte con ellos, porque el mejor

que yo tenía se llamaba Juliano y una noche empezó a toser y a vomitar sangre, llamamos a la hermana que estaba de turno lo pasaron a mi cama después de limpiarlo con las sábanas, pero no cesaba, cuando el médico llegó ya había muerto, tenía otro que se llamaba José, un día nos llevaron a la playa de La Laja y como estaba muy llena de gente tuvimos que bañarnos cerca del túnel de Telde, cerca de la Mar Fea que era una playa muy mala, mi amigo y dos más se ahogaron gracias que había un nido de ametralladora custodiado por los soldados que se tiraron todos al agua y sacaron muchos niños casi ahogados, muchos tuvieron que ser hospitalizados pero al final murieron tres, lo de que no tenía suerte con mis amigos más tarde les contaré como viviendo en Lanzarote murieron siete amigos míos.

Un día nos llamaron uno por uno para hacernos una prueba de voz, porque trajeron un profesor de música y querían formar una Masa Coral, la prueba duro muchos días y como eran muchos niños tenían que probarlos a todos, la Masa Coral se componía de cuarenta y dos niños yo tuve la suerte de estar entre ellos, también nos enseñaron a ser monaguillos y ayudábamos en las misas de Santo Domingo y en las de otras Iglesias y en las del Internado, todas las tardes nos reuníamos para ensayar, el director se llamaba don Cristóbal del Rosario, y su ayudante, maestro Félix, eran músicos de la banda municipal del Ayuntamiento, lo pasábamos muy bien, teníamos privilegios sobre los otros niños, nos hicieron una ropa diferente a la que usaban los niños porque todos



Los hermanos Pancho, Marcos y Lorenzo Figueroa y su madre Emilia Hernández

vestían iguales, y para diferenciarlos todas estaban marcadas con un número, también nos daban algún tipo de pastilla para afinar la voz, otras veces nos daban un huevo crudo pero no a todos, sino a los que teníamos la voz más alta, estuvimos ensayando muchos días, íbamos a cantar a muchas Iglesias, y como lo que querían era participar en un concuaso de Masa Coral de toda España que se iba a celebrar en el Teatro Pérez Galdós nos llevaban a ensayar y para saber cómo nos colocábamos, el día que se celebró el concurso el teatro estaba lleno porque podían ir todas las madres de los niños que iban a cantar, no recuerdo si fuimos segundos o terceros, a todos nos dieron una medalla y un diploma, de vuelta a la vida normal del Internado todo era igual que antes, pero los días cambiaron para mí porque a mi hermano Marcos lo pasaron a Los Salesianos, y mi hermano Lorenzo entró en el

Instituto, estaba fuera todo el día, ya que las clases eran mañana y tarde, almorzaba donde mi madre estaba de criada, doña Maruca le decía que le podía preparar la comida o que comiera de lo mismo que comían ellas, por las noches cenaba en el Internado, cuando no tenía clase comía con nosotros, así estuvo hasta que sacó la carrera de maestro, pero nunca dio clases a los niños, porque la superiora le consiguió un trabajo en el Banco Español de Crédito, allí estuvo toda su vida hasta que se jubiló, entró como conserje y fue ascendiendo hasta ser apoderado.

Marcos salió con el oficio de carpintero ebanista, del Internado salieron muchos niños con carreras, por ejemplo: don Rafael Santana Guerra pediatra, tenía la consulta en el Paseo de San José y fue médico de mis tres hijos, don Manuel Lorenzo Reina, profesor de idiomas, Juan Ruperto López, profesor de música en el Conservatorio de Las Palmas, muchos salieron de funcionarios para el Cabildo o para el Ayuntamiento, varios de ellos dormían y comían en el Internado, los domingos se reunían todos con las Hermanas de la Caridad, preparaban obras de teatro, mi hermano Marcos era el director, mi vida allí no había cambiado nada, siempre lo mismo, esperando que llegara el primer domingo de cada mes para que mi madre fuera a verme porque era el único día de visitas, ese día mi madre me llevaba un par de plátanos o un par de naranjas y era como un gran regalo para mí, nos comíamos los plátanos y después cuando se iban las madres nos comíamos las cascarras, pasaron muchas cosas que son dignas de mencionar, por ejemplo, cuando el médico encontraba un solo niño que tuviera sarna se pelaban a todos y se les untaba el cuerpo con zotal y azufre, todo eso era para matar la sarna, había dos guardianes Maestro Félix y Pancho Ascanio, las hermanas no nos pegaban, nos castigaban de rodillas y un libro en cada mano, un día en la basura de la cocina me encontré un tronco de col y lo escondí debajo de la camisa tratando de que nadie se diera cuenta pero alguien me vio y se lo dijo a los demás niños por lo que todos se tiraron sobre de mí y me lo quitaron, porque aunque te daban de comer se pasaba no diría hambre pero si ganas de "hartarte".

En el año 1941 en unas vacaciones que me llevaron a Lanzarote, mi tío Laurencio le dijo a mi madre que quería que yo me quedara con ellos, que como no tenían hijos ellos me recogían como tal, mi madre tenía dudas pensando que me podía pasar como cuando estuve con seis años que siempre estaba enfermo, y ya había cumplido once años y no estaba tan débil, por fin me quedé a vivir con mis tíos cuando pasaron unos días y cogí amistad con otros niños me daba cuenta de que yo era un ignorante porque de lo que ellos me hablaban yo no tenía ni idea, yo solo sabía cantar cantos religiosos y cosas de curas, a los vecinos de mis tíos les parecía raro que siempre estaba cantando dichas canciones.

El vecino más cercano se llamaba Juan Rafael Betancor, era el zapatero, era muy bueno conmigo siempre le decía a mi tío que yo tenía que ser músico porque cantaba muy bien pero él le contestaba que como no tenía hijos quería que yo aprendiera todo lo referente al campo porque algún día yo sería su heredero, me enseñaba todo lo relacionado con el campo y con los animales, yo lo pasaba muy mal porque todo era muy duro, me levantaba

muy temprano en tiempo de cosecha, porque había que llegar al campo antes de la salida del sol, íbamos caminando varios kilómetros tanto a la ida como a la vuelta, porque la burra que tenía se le murió, y solo tenía una cría y como era muy joven no se podía cargar, pronto hice buenos amigos, pero yo que había sido criado con hermanas de la Caridad y con los curas, no tenía ninguna picardía y ellos se reían de mí, el primero que me acogió como amigo fue Juan Torres Betancor, el padre tenía perros de caza y los domingos íbamos a cazar con su padre que se llamaba Ambrosio Torres, era una persona muy alegre y amigo de dar bromas, una vez mi tío tenía a un albañil que se llamaba señor Tomás Niz y de peón a señor Juan Quintero, al primero lo conocían por “la mulita”, y al peón “pólvora”, un día que mi tío fue solo al campo señor Tomás me dijo que fuera a la zapatería y que le dijera al zapatero que me diera la “piedra cerda”, llegué y le dije al zapatero lo que me había dicho señor Tomás, el hombre se echó a reír y diciéndome que ya se la habían llevado, pero señor Ambrosio Torres, que estaba allí sentado con varias personas mayores dijo que ya la habían

traído y que estaba en la parte de atrás de la zapatería, me dijo que esperara un momento que él iba a buscarla, al poco rato llegó con una piedra muy grande y me la puso en el hombro, me dijo que se la llevara a señor Tomás, yo vi que todos salieron de la zapatería y que se estaban riendo pero no les di importancia, pero cuando llegué casa de mi



Pancho el Cubano, M^o Dolores Arráez, ??????, Marciano Acuña y Celedonio Robayna

tío me di cuenta que todo el que me veía se reía y sobre todo señor Tomás, diciéndome luego que era una novatada que se les hacía a todos los que venían de fuera, yo le contesté llorando que se lo iba a decir a mi tío y él lo que hizo fue reírse más, porque decía que mi tío también solía dar esa clase de bromas, estuve un par de días malo porque la piedra pesaba mucho.

En poco tiempo hice varios amigos, el mejor fue Antonio Luzardo Pérez, conocido por “Perra Chica”, también Cano Figuera, Juan Torres, Pepito Feo, Marcial Barreto, Severo Villalba y muchos más, después de aquella novatada mi primo Zenón, que era hijo de mi tía Bárbara, hermana de mi padre, a pesar de la diferencia de edad porque el tenía dieciocho años y yo sólo once, cogió mucha amistad conmigo y me enseñó a defenderme de todos los que querían engañarme y como la familia de Zenón era muy grande me cogieron con mucho cariño, era una familia bien puesta como se decía entonces al que tenía riqueza, él

se llamaba Zenón Ramírez Figueroa, su padre Juan Ramírez estuvo en Argentina y trajo mucho dinero, también se decía que era rico por los hijos varones que tenía: Segundo, Venancio, Marcelino, Deogracio y Francisco, hembra solo tenía una hija que se llamaba María, mi tía Bárbara me tenía mucho cariño y cuando hacía pan siempre me decía que fuera al pajar, allí me tenía guardado uno o dos panes, ellos vivían en la parte alta de al lado de la casa de mi abuelo Marcos, en esta casa vivía mi tía Clotilde, que era hermana de mi padre y fue la que recogió a mi hermana Josefa, y mi tío Laurencio vivía a pocos metros.

La vida en el pueblo de Máguez era muy dura, nos levantábamos de noche para llegar al campo antes de la salida del sol, decía mi tío que los que iban al campo después de la salida del sol, eran unos vagos, unos gansos, unos valutos, unos jadarios y otros nombres que yo no entendía, todos los días me decía que me lavara las manos con orines para que se endurecieran y no me picara la leche de las higueras, los zapatos que traje del Internado a los pocos meses se me rompieron y tenía que caminar descalzo, los primeros días fue muy duro porque se me clavaban las arenas y siempre tenía algún dedo roto, pero a los pocos meses ya corría como todos mis amigos pues nadie tenía zapatos, mis tíos me compraron unos pero decían que solo me los podía poner por las fiestas del pueblo, que eran San Pedro y Santa Bárbara, los domingos, mis tíos me daban una docena de almendras para jugar a la tángara, al chico y el grande, se jugaba en medio de la calle porque no habían coches, en Máguez solo había un camioncito con las ruedas macizas y su dueño se llamaba Juan González, muchos domingos íbamos a coger nidos de pájaros, también nos reuníamos a la tardecita y nos íbamos a comer moras, alguna vez nos reuníamos en la era del señor Severo Villalba, el padre de Emelina, niños y niñas de la calle de las Flores, cantábamos las canciones que estaban de moda, como "Al pasar la barca", "El cochecito leré", "Un domingo de carnaval", "Señor capitán", "El señor don gato", o "Mambrú se fue a la guerra" y algunas más, otras veces íbamos a robar higos tempranos, Antonio "Perra Chica" y yo nos adelantábamos a los demás y cagábamos debajo de la higuera para que cuando los demás llegaran pisaran la caca, Cano Figuera que era muy malo cagaba y después la tapaba con el sombrero y le decía a los niños que tenía un pájaro, siempre caía alguno, lo del sombrero era que todos los niños tenían sombrero o bilbaína porque decían que era para que no se le metiera el sol en la cabeza, como no teníamos nada cualquier cosa nos parecía buena, teníamos algún amigo que cuando no salía por las tardes íbamos a buscarlo y nos decía que no podía salir porque la madre le había lavado la ropa y tenía que estar acostado hasta que se secase, a mí no me no me pasaba eso porque traje del Internado dos mudadas, lo que no teníamos era camisilla ni calzoncillos.

Había necesidad de muchas cosas, y las comidas siempre eran las mismas, yo digo lo que había en casa de mis tíos, por las mañanas en invierno, siempre era suero, se hacía el queso y el agua que soltaba se guisaba y se comía con gofio, en verano, el desayuno era leche de cabra, al mediodía, siempre era papas sancochadas con queso, pescado y cebolla con higos pasados, el pescado lo traían las mujeres de la Graciosa y lo cambiaban por papas o algún

tipo de granos como: lentejas, garbanzos, judías, o chícharos, cuando el mar estaba muy malo y no podían venir las de La Graciosa se comían las papas con queso y cebolla, pero yo tenía amigos que no tenían ni eso, porque cuando el año era malo y no había trabajo se dedicaban a recoger el estiércol que los burros iban dejando por los caminos, cuando reunían cierta cantidad lo vendían para echárselo a las papas, como por esa época en el pueblo de Máguez se decía que habían doscientos burros y cien camellos en poco tiempo reunían un “vaso” de un camello que era la medida que se pedía, también se dedicaban a traer leña del malpaís o subiéndola de Bajo-Risco, los que tenían terrenos o sea los labradores, la cena siempre era potaje con carne de cochino, porque todos ellos tenían uno o dos en sus casas, el vino tampoco faltaba porque todos ellos tenían una bodega.

El agua se cuidaba como oro en paño porque solo teníamos la que caía del cielo cuando llovía, se guardaba en las aljibes que se procuraba llenarlas cuando llovía porque no había otro medio, en el pueblo de Máguez antes de hacer la casa lo primero era la aljibe, por eso todas las casas de los agricultores la tenían, y estos les daban agua a los que no tenían cuando venía un año malo, como así ocurrió en el año 1945, no llovió ni una gota, se vaciaron las aljibes y teníamos que ir a buscar el agua al Chafarí, o a la fuente de Gallo, En Haría también había una aljibe que se llamaba “la aljibe del pueblo”, esta fue pagada por don Emilio Rodríguez cuando regresó de América, lo único que pedía era que todos los días fueran a trabajar los mismos albañiles que eran los únicos que cobraban pero los peones tenían que ser de una casa familiar diferente pues quería que todo el pueblo participara en la construcción dicha aljibe la llevaba el ayuntamiento y para poder sacar agua tenías que pedir un vale, el cual te decía los litros que podías llevar, también había muchos pozos pero el agua era salobre y solo podían sacar agua los dueños y sus familiares.

Dicho año fue muy malo, así muchas gente echaron los animales para Bajo Risco y gran cantidad de personas se fueron para Venezuela, para Pueto Tien y para otras partes de África.

Volviendo a mi vida, con mis tíos lo pasaba mal porque el campo era muy duro quería que yo aprendiera todas las cosas del campo, que aprendiera a ordeñar a las cabras y a plantar, poco a poco iba aprendiendo y presumía de que ya sabía más que algunos de mis amigos, cuando iba a casa de mi primo Zenón le decía que ya sabía plantar y que era rápido, él me aconsejaba que me hiciera el torpe porque si mi tío se daba cuenta de que yo era rápido plantando me iba a cargar todo el trabajo, así que le hice caso y algunas veces le decía que me dolía la mano, yo no sé si se lo creyeron pero ya no me hacía plantar tanto.

A ellos les gustaban la lectura, tenían muchos libros y por las tardes después de comer se reunían en su casa todos los vecinos y él les leía unos cuantos capítulos, y cuando más interesante estaba la novela dejaba de leer, decía que si nos gustaba teníamos que aprender a leer, yo le decía que me pusiera en la escuela que era donde podía aprender a leer, pero él me contestaba que para ser labrador no hacía falta ir, porque se perdía mucho

tiempo ya que las clases eran mañana y tarde y tenía que ayudarle con las cosas del campo, pero me prometió que en el verano después que se recogiera las cosechas me enseñaría a escribir y a leer, pero llegaba el verano y venía de Las Palmas mis primas Isabel y Bárbara con todos sus hijos y me llevaban con ellos a Órzola pues tenían una habitación justo al lado del Charco de la Pared, no tenía baño, ni cocina todo se hacía fuera de la habitación, tampoco tenían camas, el suelo estaba lleno de paja de cebada y allí dormíamos todos, lo pasábamos muy bien, mi tío Rafael, que era el padre de mis primas, nos llevaba dos o tres veces a la semana a coger fruta: higos picones, uvas y los higos de higueras, en la playa estábamos casi dos meses, cuando volvíamos al pueblo de Máguez y mis primos regresaban para Las Palmas lo pasaba muy mal.

Los padres de mi amigo Chano Figuera tenían perros de caza y hurones, muchas veces me dejaba ir con ellos, sobre todo los domingos por la tarde, cuando mejor lo pasábamos era el mes de noviembre, porque no habían bailes en ningún pueblo, porque era el mes de los difuntos, y solo había "tercio" que era como se le llamaba rezar el rosario, durante ese mes, todas las noches y después de cenar todo el pueblo se reunían en la iglesia se rezaba el rosario y cuando terminaba se hacía un paseo en la Plaza de Santa Bárbara, pues así se llamaba la calle que está delante de la Sociedad, lo pasábamos muy bien porque iban todos los niños y niñas del pueblo, y hacías amistades, pues estos niños vivían en la parte baja del pueblo, y como yo vivía en la parte alta no nos veíamos nunca, también llamaba a estas reuniones La Novena de las



Paco el de día. Carmen, Antonio Luzardo y Pancho el Cubano

Ánimas, también hice amistad con chicos del pueblo de Haría que venían a Máguez durante el mes de noviembre, una amistad que después duró toda una vida como: Quino Melgarejo, Regino Barrios, su hermano Pepe, Nicolás Reyes, Antonio Páez, y otros muchos, terminando el mes de noviembre el día cuatro de diciembre era las fiestas del pueblo de Máguez, el día de Santa Bárbara se celebraba durante dos días y venían: ruletas, tiro al blanco, fotógrafo ambulante, cucuruchos de hielo y también venía el Circo Toti, que lo montaban en el centro de la calle y cuando terminaba lo recogían, pero a mí lo más que me gustaba era la orquesta que traían, por la mañana después de la misa se hacía baile dentro de la Sociedad, lo llamaban vermut bailable, este nombre se lo pusieron porque entonces había una costumbre, que los amigos se reunían para tomarse un vermut a media mañana, la

Sociedad tenía una ventana que daba para calle de Santa Bárbara pues desde que la orquesta empezaba a tocar no me quitaba de la ventana oyendo al vocalista cantar se llamaba Hernán y era muy bueno y vocalizaba muy bien, ¡quién me diría a mí que unos años más tarde yo estaba cantando en esa orquesta! recuerdo que fue por las fiestas del Rosario en la Isla de Fuerteventura, Hernán era de allí y siempre iba a tocar con la orquesta de su pueblo, antes se llamaba Puerto de Cabrás, sus fiestas duraban un mes, el trompeta de la orquesta se llamaba Benito y me había oído cantar en un baile en la Sociedad de Máguez, así que un día tocaron en la puerta de mi casa y me dijeron que si quería ir de vocalista en su orquesta, yo no me lo podía creer y les comenté que no tenía experiencia para tocar con una orquesta, que solo había tocado acompañando a un pianista, que solo tenía diecisiete años y que tenía que decírselo a mi tío, le conté lo que pasaba y me dio autorización. Lo que pasó aquella noche y las siguientes lo contaré cuando cumpla los dieciocho años, en este momento solo tengo trece y quiero contar como era mi vida de niño.

Los bailes de Santa Bárbara se celebraban durante dos días, pero había baile por la mañana llamado vermutailable, por la tarde se llamaba asalto y por la noche simplemente baile, yo por la mañana y por la tarde me ponía en la ventana a oír cantar al vocalista, y era tanto el interés que ponía que al día siguiente me sabía casi todas las canciones.

El ocho de diciembre fiesta de la Purísima, también había baile en el pueblo de Haría, en casa de Aquilino o en casa de Joaquín Rodríguez, yo convencía a mis amigos para que me acompañara solamente para oír cantar a Hernán.

En Máguez había una costumbre, el día primero de diciembre todos los vecinos del pueblo abrían sus bodegas para que todo el que quisiera pudiera probar sus vinos y se presumía que su vino era mejor que el del vecino, también ponían dulces y queso, higos pasados, y los más ricos ponían hasta carne de cerdo adobada, era una fiesta que duraba todo el día, muchas personas terminaban borrachas porque tenían que ir por todas las casas ya que si dejabas de visitar algunas familias se enfadaba, por eso siempre se solía ir primero por las casas donde más amistad tuvieras, en el pueblo de Máguez habían más de cien bodegas



Aquilino el del puente, Pancho el Cubano y Benito

porque todas las casas tenían dos o tres cuarterolas, eso eran los agricultores medianos, porque los más ricos tenían miles de litros.

Las Navidades no se celebraban, por esos días siempre había cabritos, pero no se comía la Noche Buena sino el día de Navidad, tampoco se les deseaba felicidades a nadie como hoy, por la tarde salía un Rancho de Pascuas cantando siempre lo mismo, o que a mí me lo parecía, decía así: Adiós Pascuas y año nuevo, hasta el año venidero y lo repetían muchas veces y siempre eran los mismos: José María Feo, su hermano Pepe, señor Abelardo, Manuel de León, mi tío Laurencio, y algunos más. Mis amigos y yo íbamos detrás de ellos y siempre nos daban mantecados y suspiros y algún otro dulce.

La peor época era cuando se recogía las cosechas, teníamos que levantarnos muy temprano para tener arrancada las judías, lentejas, garbanzos, chicharos, arvejas antes de que saliera el sol, porque decía que había que arrancarlo antes de que se pusiera bronco, después los camellos lo cargaban hasta la era que era donde se trillaba, cuando era un año bueno estábamos trillando muchos días, era muy duro porque tenías que levantarte a las cuatro de la mañana para ir a buscar los animales a casa de los vecinos o de los familiares, en el pueblo de Máguez como casi todos vivían de la agricultura, unos como dueños y otros como peones, algunas días había hasta diez o quince eras trillando, muchos labradores les gustaban presumir de la cantidad de grano que cogían, iban a la zapatería, o a la barbería a contar la cantidad que habían cogido, que era donde se reunían por las tardes para charlar, también lo contaban en la cantina pero ésta solo abría los domingos, después que terminaba la cosecha, empezaba la recogida de la fruta, el higo de higuera se recogía y se ponía al sol, el higo picón se pelaba y también se ponían al sol en unos paseros que se hacían con ripios que así se llamaban las piedras pequeñas, también se recogían las uvas y se presumía de quién hacía mejor vino.

En el pueblo había más de cien bodegas, porque todos los labradores hacían bastante vino, unos cien, otros doscientos, y muchos cogían miles de litros, una vez que se vendimiara y se recogía la fruta pasada mucha gente se iban a la playas unos a Órzola y otros a Punta Mujeres, también había algunas familias que iban a Bajo Risco, las casas eran solo de una habitación se llevaba unos sacos de paja y se tendían en el suelo y allí dormían todos juntos, ninguna casa tenía baño todo se hacía en un corral que estaba en la parte de atrás de la casa, dos o tres veces a la semana se iba al campo a buscar fruta fresca, en la playa estábamos casi dos meses, lo pasábamos muy bien por las noche nos íbamos “agacha” que

así se llamaba salir con mechón encendido por toda la orilla del mar para coger pulpos, morenas y algún pescado.

A finales de setiembre regresábamos a Máguez y a la misma rutina, así fueron pasando los años sin nada bueno que contar, al final mi tío todas las tardes me enseñaba a leer y a escribir, y muchas veces cuando leía para los vecinos me dejaba que yo leyera algún capítulo, me decía que era la mejor forma de aprender, con una tabla marcaba las comas y los puntos y cuando me equivocaba me lo hacía repetir, también me compró una pizarra y un pizarrín, todos los días me ponía un nombre y tenía que copiarlo muchas veces, un día me dio un libro que se llamaba La Enciclopedia, era un libro que tenía: Aritmética, Geografía, Historia Sagrada, Urbanidad, era muy completo, por cierto, mi hija Azucena lo tiene guardado como una reliquia, todos los días tenía que leer en voz alta porque decía que era la mejor forma de aprender, más tarde, me enseñó a sumar y restar, a los pocos días ya las sabía realizar, luego me dice que tenía que aprender a multiplicar y a dividir, todos los días me hacía cantar la tabla pero los números no me entraban en la cabeza, decía que la Aritmética que así se llamaba entonces, lo que hoy son las Matemáticas, era fundamental para todas las personas, los días pasaban y poco a poco me fui haciendo a la vida del campo y conociendo a más gente, también las personas mayores me saludaban y me llamaban "Cubanito".

Una de las cosas que más extrañaba era la formas de vivir de las mujeres dentro de las casas, por ejemplo: cocinaban en el suelo sobre tres teniques que era el nombre que tenían las tres piedras donde fundaba el caldero, cuando tostaban lo hacían fuera al aire porque se hacía mucho humo, se ponía sobre los teniques un tiesto que se hacía de bidones, se le ponía el grano que querían tostar y se echaba un poco de arena para que se tostara más rápido y que soltara alguna flor, el gofio siempre era de millo, cebada o de trigo en los tiempo malos se hacía también de arvejas pero éste era muy malo, después de tostado teníamos que llevarlo al molino, estos era de viento y los días de calma estaba parados, señor Manuel Rodríguez, abuelo de mi mujer, tenía uno en la molina, el millo se llevaba en unos sacos largos muy estrechos de color blanco con una lista azul y le llamaban "costales", después en los años cuarenta se



Pancho El Cubano

montó la molina de don Gabino y luego la de Fernando, éstas dos funcionaban con gasoil y le llamaban molina de fuego.

El jabón con que lavaban lo hacían con grasa de animales, sosa cáustica y un poco de añil por aquellos tiempos la ropa las hacía cada cual en su casa, si no querías bajar al Puerto que es como se le llamaba antes a Arrecife, esperabas a un señor que venía todos los meses vendiendo tela de casa en casa y comprabas los metros que necesitaban, me acuerdo cuando cumplí los quince años mi tía Juana compró tela y me dijo que iba hacerme unos pantalones bajos, porque hasta entones sólo tenía pantalones cortos, cuando los estrené todos mis amigos se reían de mi porque parecía un “machango”, porque me los hizo muy largos, ella decía que tenía que durarme muchos años, sólo nos bañábamos los domingos te ponían una palangana con cinco litros de agua y me daban un cacho de jabón y donde se veía después la mierda era en la toalla, porque por mucho que te estregaras con tan poca agua nunca quedabas limpio.

Para poder alimentar a los animales se vaciaban los colchones que eran de paja de cebada, y se dormía en el suelo, los labradores más ricos no tenían que hacer nada de eso porque tenían muchos pajeros, se decía que las casas que tenían más de dos pajeros era señal de riqueza, muchos padres les



TRIO CALAVERAS:
Marcial Barreto, Heraima, Fermin Borges, Nérida, Pancho el Cubano y Lolina Cabrera

decían a los hijos, nosotros tenemos tres pajeros y fulanita tiene cuatro si te casas con ella eres un hombre rico, en el pueblo de Máguez se casaron muchas parejas por los pajeros.

Las casas no tenía luz se alumbraban con un candil alimentada por aceite o manteca de cerdo, después vino el quinqué de petróleo, era muy malo porque soltaba mucho humo y dejaba la habitación muy negra, después vino la luz de carburo, luego los faroles de Puerto Tiem y más tarde los petromar estos funcionaban con gasolina de aviones, pero estos sólo los tenían las cantinas que así se llamaban los bares, después estando Sebastián Camejo de presidente de la Sociedad de Máguez compró un motor de gasoil pero solo para el servicio de la Sociedad. El pueblo de Haría tenían luz tres horas y media, desde las ocho de la tarde hasta las once y media, poco antes de esa hora se apagaba y se encendía un par de veces para anunciar que faltaba pocos minutos para apagarse, sólo daba luz al pueblo de Haría y la producía la molina de don Gabino Hernández.

Por esas fechas todas las casas tenían una cartilla de racionamiento con la cual podías ir a la tienda una vez al mes, te daban medio kilo de azúcar, medio litro de petróleo, medio litro de aceite, y algunas otras cosas como arroz y harina, muchas familias no tenían dinero para pagar estos artículos y los dejaban en la tienda, y los tenderos desde que llegaba el día primero del mes siguiente, se los vendía a los estraperlistas tres veces más caro, en el norte había varios de estos señores, entre ellos estaba mi amigo Antonio Luzardo, conocido por “Perra Chica”, este empezó el oficio a los quince años porque el padre tenía un carro y bajaba todos los días al Puerto a llevar y traer mercancía, el carro era tirado por dos mulas, mi amigo le ayudaba a su padre y de paso llevaba papas, garbazos, lentejas, judías y otras cosas, y se las vendía a las tiendas, muchas veces la Guardia Civil le quitaba toda la mercancía ya que estaba prohibido, pero casi siempre escapaba, cuando se enteraba que la Guardia Civil estaba por la carretera de Guatiza, ellos iban por la Montaña, o al revés, muchas veces los cogían y no le quitaban lo que llevaban.

Cuando cumplí los dieciséis años se enfermó mi primo Zenón, hijo de mi tía Bárbara hermana de mi padre, yo iba a verlo y me daba mucha pena, porque se le hinchaba el estómago y decía que tenía unos dolores terribles, muchas veces venían tres médicos de Arrecife para conocer la opinión, esta reunión la llamaban “junta de médicos”, le sacaban hasta tres litros de líquido del estómago cuando hacían esto descansaba y se le calmaban los dolores, pero a los dos o tres días se le volvía a hinchar el estómago, por ese entonces, no habían calmantes capaz de aliviar los dolores tan fuertes que tenía, a los



Pancho El Cubano y M^a Dolores Arráez. 1954

pocos días murió con tan solo veinticinco años, fue un golpe muy duro para la familia porque Zenón era el mejor de todos los hermanos, yo lo sentí mucho porque siempre me estaba enseñando cosas y además me peleaba, el año 1946, se cogieron buenas cosechas por que fue un año con muchas lluvias, corrieron los barrancos y se llenaron todas las aljibes. Pero el año que cambió toda mi vida fue en 1947, en lo bueno y en lo malo; yo tenía varios amigos y amigas de mi misma edad, pero con él que más amistad tenía era con Juan Torres Betancor, un día estábamos jugando a la piola y cuando saltó le dio un golpe de tos y arrojó sangre, pero no le dio importancia y me dijo que no dijera nada que le había pasado otras veces, yo se lo conté a mi tío con la promesa de que no dijera que yo se lo dije, mi tío se lo contó a su padre que se llamaba Ambrosio Torres que vivía al lado de casa de mi tío,

por ese entonces en Haría había un médico que se llamaba don Eduardo, si lo necesitabas tenías que ir a buscarlo en un burro porque en ese entonces no habían coches; señor Ambrosio fue a buscarlo y cuando venía por los Cascajos se le cayó del burro, cuando vio a mi amigo le dijo que hiciera una “junta de médicos”, porque él no podía hacer nada, la gente decía que era un buen médico; fueron los mismos que atendieron a mi primo Zenón, a mi primo le dijeron que tenía cáncer de estómago y a mi amigo Juan que estaba tísico o tuberculoso, le prohibieron toda clase de visitas y nadie se podía acercar a él, tan solo la madre o el padre porque decían que era contagioso y no tenía cura, que todo lo que tocara el enfermo no lo podía tocar nadie, estuvo acostado dos o tres meses y murió con diecisiete años, los mismos que tenía yo, a los pocos días se enfermó también con diecisiete años Nazaret Betancor de León de la misma enfermedad que mi amigo Juan y murió a los pocos días; por esas fechas yo estaba medio enamorado de una chica a la que se le había muerto la madre y llevaba mucho tiempo sin salir, porque por una madre se guardaba dos años de luto, cuando los cumplió empezó a salir y la estuve cortejando pero por poco tiempo, ella vivía con una hermana que se llamaba Fela, era mayor que ella, su padre se había ido a Argentina y nunca supieron nada de él, ella se llamaba Eulogia, estuve poco tiempo saliendo con ella porque su hermana murió al poco tiempo también de tuberculosis.



Pancho "El Cubano", Pepín Pérez y Nicolás Reyes

Los lutos por una hermana era de año y medio, y durante ese tiempo no salía nada más que a misa los domingos, durante el tiempo de luto, don Enrique Dorta el cura de Máguez la convenció para que se fuera a Las Palma a trabajar y cuando regresó fue para casarse con Rafael Morín que era empleado de la tienda de Salvador Borges, se fueron del pueblo y nunca supe nada de ellos, yo empecé a rondar a otras chicas y en noviembre de 1947 con diecisiete años ya me dejaban entrar a los bailes, un domingo fui y no estaba tocando el piano Juan Cejudo que era el pianista que tenía la Sociedad, el que estaba tocando se llamaba don Antonio Sastre Molina, que era comandante del Ejército, alguien de la directiva le dijo que yo cantaba y me dijo que subiera al escenario que quería oírme, se decía que era el mejor pianista de Canarias, en Haría había varios pianistas, estaba Ginesa y sus dos hermanos Amaro y Paco pero no eran muy buenos, en el pueblo de Máguez también había dos chicas que tocaban el piano Olga Borges y Fe Socas, pero don Antonio era mejor que todas, estuve cantando

toda la noche y cuando terminó el baile me dijo que si quería irme a cantar con él a la Democracia de Arrecife, le comenté que no podía ser porque solo había guaguas por la mañana y tenía que estar todo el día “votado”, al día siguiente Juan Cejudo vino a mi casa y me dijo que la directiva de la Sociedad quería que yo cantara en todos los bailes pero que tenía que comprarme una batería, cuando se fue Cejudo se lo dije a mi tía Juana y me preguntó qué cuanto podía valer, por aquel entonces en Lanzarote solo existía una y su dueño se llamaba Hernán y era el único batería, y también el único vocalista, bajé a Arrecife a preguntarle dónde la había comprado y me contesta que pertenecía a la Sociedad Democracia, pero que en una barbería de la Calle Real había un catálogo que vendían toda clase de instrumentos, cuando venía de hablar con Hernán me encontré con Nicolás el de la guagua, le dije lo que me pasaba y que yo no me atrevía a entrar a pedirle el catálogo, Nicolás me dijo: déjalo de mi cuenta que yo conozco al dueño, cuando llegó por la tarde lo único que consiguió fue la dirección, porque el catálogo no se lo daba a nadie porque no solo vendían instrumentos de música sino también otras muchas cosas y que mucha gente iba a la barbería para mirarlo, con la dirección que me trajo Nicolás me fue suficiente, las baterías las vendían en Barcelona, le escribo pidiendo información de los precios y de los modelos de batería, la carta tardó tres meses en llegar, porque por aquellos tiempos estas iban por barco, no existía el correo por avión, todas las mercancías y correo pasaba primero por Las Palmas de Gran Canaria antes de llegar a Lanzarote, así que cuando yo recibí la batería que había elegido pasaron cinco meses, y gracias a don Castito Martínez que era el dueño de la agencia, que puso mucho interés en que la mandaran en un barco que venía directo a Lanzarote, la batería que yo elegí costo dos mil quinientas pesetas, y era la más completa que tenían, el dinero lo mandé por un giro telegráfico que era la única forma que había, al día siguiente de recibirla Juan Cejudo y yo por la tarde fuimos a la Sociedad, montamos la batería que estaba compuesta de doce aparatos, cuando lo conseguimos empezamos a tocar, pero el primer día no daba pie con bola, yo creía que nunca iba a poder tocarla, porque era tan grande que me daba miedo tocarla no sea que se me rompiera algún instrumento, también me ponía nervioso porque la Sociedad se llenaba de gente,

pero poco a poco todos los días tocábamos un par de horas y pronto ya sabía tocar, mi presentación como batería fue en la Sociedad de Máguez, el día de Santa Bárbara, que era la fiesta del pueblo, pensé que todavía no estaba preparado para tocar ese día porque era la primera fiesta que se celebraba en todo Lanzarote después del mes de todos los santos, porque había una costumbre que durante el mes de noviembre ninguna sociedad podía hacer baile, y como la primera fiesta que había después de ese tiempo era el cuatro y cinco de diciembre se celebraba en Máguez y era la patrona Santa Bárbara, venían gente de todos los pueblos, ese día la sociedad solía traer varios músicos de fuera, yo pensé que todavía no estaba preparado para tocar con grandes músicos, bajé al Puerto, a casa de mi amigo Hernán, y le pedí que tocara por mí los dos días de fiesta y al mismo tiempo me enseñara a tocar un poco, tocó los dos días de fiesta, y como era un buen vocalista cantamos juntos y la gente salió muy contenta, después de ese día creció nuestra amistad y cuando él no podía cumplir algún contrato me lo pasaba a mí, él era de Fuerteventura y

por las fiestas de Rosario siempre iba a tocar a su tierra, y como por esos días él tocaba en las salas de fiestas de Manolo Famara y de Petra yo toqué por él y cuando vino de Fuerteventura él tocaba en una sala y yo en la otra, yo le hacía los compromisos y él me hacía los míos, así estuvimos mucho tiempo hasta que salió a subasta la Sociedad de



Grupo de teatro de Máguez en el Golfo.
Angelinas, Hilda Callero, Mari Juli Figueroa, Rosa Curbelo, Juan Rodríguez, Argelia Torres, La la Brito, Clota Figueroa, M^a Dolores Arráez, Quica Rivera, A. Doreste, Mario Pérez, Pancho Curbelo, Nieves la de Sebastián, Juana Figueroa, Magdalena Zarga, Celestino Romero, M^a Angeles Curbelo, Manuel cuñado de Nicolás, Pancho el Cubano, Olga Borges, Juanita la de Sebastián y Nicolás el de la guagua

Máguez, y mi ahijado Andrés Figuera y yo decidimos subastar, hubo varias pero nuestra oferta era mejor que ninguna y nos dieron la Sociedad por tres años, una de las condiciones era que a los socios teníamos que darle dos bailes todos los meses, más los bailes de San Pedro y de la Pascua de Resurrección y los de Santa Bárbara, en total eran treinta y cinco bailes al año, nosotros hacíamos cincuenta y cinco y podíamos cobrar las entrada por todos los bailes que se hacían de más, los señores que estuvieron antes que nosotros solo abrían los sábados y los domingos, nosotros lo habríamos todos los día por las tarde yo tenía una radio y era el único que había en el pueblo de Máguez que me lo saqué en una rifa, o mejor dicho me lo apañé, resulta que estando tocando en casa de don Joaquín Rodríguez un domingo de Piñata, llegó Javier Reyes y me dijo que quería rifar un aparato de radio, vendimos todos los números y como en el Internado me llamaba el veintidós me quedé con ese número, en el descanso del baile anuncié que íbamos sortear el aparato de radio pero

en ese momento alguien dijo que iban a pelear Benito Luzardo y Manolo Pérez todos los hombres salieron a la calle y no pude sortear el aparato de radio, cuando terminó la pelea se llenó el baile otra vez y cuando me preguntaron qué número había salido, yo de bromas les dije que el veintidós y como nadie preguntó más, ya que todos estaban comentando la pelea, nadie hacía preguntas así que me quedé con el aparato de radio, después compré dos altavoces y por las tarde lo colocábamos en las ventanas de la Sociedad, poníamos el programa de discos dedicados y todos las emisoras que tuvieran música y se nos llenaba la Sociedad, esto fue a principio de los cincuenta y por entonces la única forma de pasar el rato era las bolas, las cartas y la música no la oíamos en los bailes.

En el pueblo de Haría, los domingos, don Antonio Mesa ponía películas y eran tan viejas que se rompían y tenía que parar para arreglarlas, y alguna vez no tenía arreglo y te quedabas sin ver el final, también por esas fechas yo empecé a enamorar, a la que hoy es mi mujer, la primera vez que la vi fue en la



Unión Deportiva Maguez: 1954
Andrés Luzardo, Tomás Torres, Damián Barrios, Jesús Viñoly, Domingo el Suizo, Antonio Hernández (de pie de izquierda a derecha)
Nono Figueroa, Santiago el Canario, Pancho el Cubano, Felo Palenke y Manuel Palenke (agachados)

plaza de Haría en una procesión de San Juan, yo tocaba el laúd que todavía lo tengo, mi amigo Marcial Barreto tocaba la bandurria y Juan Torres tocaba la guitarra, por la noche nos reunimos en la Sociedad y fuimos a darle serenata, por aquellas fiestas de San Juan no hubo baile, porque si se hacían bailes no había procesión, era un pique que tenía la Iglesia y las Sociedades, como los bailes solos se hacían los domingos todos los sábados íbamos a darle serenatas a todas las chicas del pueblo, María Dolores, se llamaba la chica que yo empecé a enamorar pero no me hacía mucho caso porque decía que yo estaba pretendiendo a varias chicas a la vez, tardé un poco en convencerla de que ella era la única mujer de mi vida y al final nos hicimos novios

Parece que fue peor el remedio que la enfermedad, porque como ya la tenía segura empecé a salir con una chica que se llamaba Panchita pero no me hacía mucho caso y estuve bailando con una chica que se llamaba Eufemia, un día que anunciaron que iban a poner una gran película en el cine de Haría que se llamaba Gran Casino y era toda de música y los artistas eran Jorge Negrete y Libertad Lamarque que por aquellos tiempos eran los mejores cantantes, mi ahijado Andrés se hacía cargo de la sociedad porque a esa hora toda la gente

se iba al cine y no había mucho trabajo, Paco Martín, Ginés Betancor y yo fuimos juntos al pueblo de Haría que era donde se pasaba la película, me acuerdo que fue en julio y a las cuatro de la tarde con un calor enorme, íbamos caminando porque por esa época no había ni guaguas ni coches, y cuando llegamos la taquilla del cine estaba cerrada y tenía un letrero que decía que no había cine porque el coche que traía la película se rompió cuando iba por Guatiza, entonces decidimos dar una vuelta por el pueblo para no volver a Máguez con todo el calor, entramos en una tienda que estaba detrás del Ayuntamiento que era de Antonia la del Puente el cual tenía un balón colgando del techo, y le dije a Paco y a Ginés, ya que no fuimos al cine por qué no compramos el balón, ellos no querían porque nunca habían visto uno pero yo en el Internado sí había jugado con un balón que nos había regalado el presidente del Cabildo, después de mucho pedírselo logré que ellos pagaran dos reales, osea, media peseta y yo pagué cuatro reales, osea, una peseta, nos fuimos caminando hasta Máguez y nos pusimos a jugar en la era del padre de Ginés, al día siguiente, lo pusimos en la Sociedad y puse una lista para que se apuntaran todos los que querían jugar y se apuntaron todos los muchachos del pueblo, al final Paco y Ginés me dieron el balón, era el dueño de él, al domingo siguiente fuimos a jugar a la Vega en las tierras de doña Lola, la madre de Nicolás el de la “exclusiva”, o el de la guagua que era como se le conocía, limpiamos el terreno porque estaba llena de aulagas, las porterías eran dos piedras, allí estuvimos jugando unos meses hasta que nos echaron, después íbamos a jugar a los bebederos de Arrieta, propiedad del abuelo de Tina Rodríguez, íbamos y veníamos caminando, siempre estaba pensando cómo conseguir un campo cerca del pueblo, pero sin dinero no era posible, un día reuní a todos los chicos del pueblo en la Sociedad de Máguez, porque entonces mi ahijado Andrés Figuera y yo llevábamos la Sociedad les dije lo que yo quería, que era arrendar unos terrenos en la Vega de Máguez, propiedad de don Pepe Curbelo y de doña Carmen Valenciano, que estaban a doscientos metros del pueblo y eran muy llanos, casi todos me dijeron que si estaba loco, porque esos terrenos eran los mejores de todos los alrededores y que eran muy buenos, les dije que si nadie me acompañaba iría yo solo, al final fuimos unos doce o quince, salimos de Máguez por Tahoyo, pasamos por el moral de seña Antonia la de Serapio nos “jartamos” de mora y después seguimos hasta casa de don Pepe Curbelo, todos los muchachos se quedaron un poco alejados de la casa, menos Andrés Luzardo, que lo conocían por el sobrenombre de “El Vellillo porque era muy alto, llamé a la puerta y me salió el mismo don Pepe Curbelo, yo estaba temblando, pero como él me dijo: ¿qué pasa Pancho? aquella confianza que él me dio, me quitó todos los nervios, le dije lo que queríamos, y me contesta ¿cómo lo íbamos a pagar? porque el terreno que queríamos valía mucho, me preguntó ¿qué cuánto ganaba con la música? le dije que por cada baile ganaba siete pesetas, entonces tendrías que tocar treinta bailes para poder pagar el arrendamiento porque los terrenos que queríamos valían doscientas pesetas mensuales, pero que si yo conseguía una persona que me avalara estaba dispuesto a llegar a un acuerdo, él había cogido cierta amistad conmigo porque le gustaba mucho la música, me decía que le gustaba oírme cantar casi siempre en los baile

de la tarde que se llamaba asalto y que él solía ponerse en la ventana de casa Joaquín Rodríguez, cuando llegamos a Máguez ya estaba oscureciendo y todos estaban esperando para saber qué había pasado, pero por lo “morcho” que veníamos se sabía lo que había pasado, el más mal que estaba era yo, porque toda la iniciativa fue mía, estaba pensando a quién le pediría que sirviera de fiador, cuando Andrés Luzardo me dijo que por qué no se lo decía a su padre, Pedro Luzardo, este no se atrevía a decírselo porque era menor de edad, por esa fecha solo tenía dieciséis años, Pedro Luzardo era un hombre de pocas palabras y muy serio, estaba separado de su mujer que se llamaba Teresa Barreto y tenía dos hijos Victoria y Andrés, caminaba un poco cojo, porque cuando joven era luchador y en una luchada se partió el fémur, yo a pesar de ser tan joven porque solo tenía veintiún año era muy decidido, creo que como era músico en todas partes me trataban muy bien y eso me daba mucha confianza, Pedro estaba jugando su partidita al dominó cosa que hacía todas las tardes, esperé que terminara para poder hablar, salimos de la Sociedad a la plaza porque aquella calle se llamaba la Plaza de Santa



Madrinas de Máguez y Haría intercambiando saludo

Bárbara, le conté lo que quería hacer para el pueblo y lo que necesitábamos, me miró como queriendo saber si yo era responsable y después miró a su hijo, estuvo unos minutos callado y luego dijo: Andrés, vete a casa y trae la burra, yo pensé que se estaba riendo de mí pero después me di cuenta de que el no caminaba sino pocos metros en caminos largos, siempre iba en la burra, Andrés la trajo y aquello parecía el día del Domingo de Ramos, Pedro montado en su burra y un montón de muchachos detrás de él, serían las ocho de la noche, fuimos caminando hasta casa de don Pepe Curbelo en Haría, toda la gente preguntaba qué estaba pasando y por qué iban tantos jóvenes juntos, llegamos a casa de don Pepe, Pedro se bajó y tocó en la puerta, nosotros nos quedamos un poco retirados esperando a ver qué pasaba, al poco rato se abrió la puerta y salió doña Carmen Valenciano, saludó a Pedro y le dijo que pasara, nosotros no teníamos reloj pero por las estrellas y por la luna, pensamos que ya había pasado más de una hora, por fin salió Pedro, se montó en la burra y tiramos para Máguez, durante el camino no nos dijo nada, ni nadie se atrevió a preguntarle cuando llegamos a la Vega de Máguez paró la burra y me dijo: ¿qué terrenos son los que tú quieres para hacer el campo de fútbol? le dije el que quería y me dice que lo acompañara a su casa, cuando llegamos me invitó a entrar y me contó todo lo que había

tratado con don Pepe Curbelo, el arrendamiento de los terrenos eran doscientas pesetas mensuales y él pensaba que era una locura, yo le prometí que si él me avalaba no se iba a arrepentir, me dijo que si me veía apurado algún mes para pagar el arrendamiento que le avisara unos días antes para poderme ayudar, cuando llegué a la Sociedad todos estaban esperando para saber lo que le había dicho don Pepe Curbelo, les conté como era el trato y lo que teníamos que pagar por el campo, les dije que al día siguiente teníamos que quitarle toda la arena y dejarlo limpio, alguien corrió la voz y el pueblo entero estaba en el campo al día siguiente, unos con palas, otros con burros y camellos y alguna carretilla, lo cierto es que por la tarde el campo estaba limpio, no solo estaban los jóvenes sino también la gente mayor, aquello para el pueblo fue una fiesta, el único que estaba preocupado era yo, porque sabía en la empresa que me había metido, yo ganaba por cada baile que tocaba siete pesetas, estoy hablando de 1951 que un peón ganaba trabajando todo el día diez pesetas, desde que salía el sol hasta que se ponía, de momento sólo teníamos el campo, había que marcarlo y ponerle puertas, necesitábamos un reglamento de fútbol para saber todas las medidas reglamentarias, así que le escribí a mi hermano Marcos que trabajaba en las Palmas y me consiguió uno en el Kiosco Quevedo, que estaba en la Plaza de las Ranas, cuando lo recibimos marcamos el campo pero nos faltaba lo mejor, las porterías, por aquellos días tenía yo que tocar en el Torrelavega cinco bailes porque eran las fiestas de San Ginés, cuando terminaba el baile todos los músicos nos quedábamos en la pensión España, así que aproveché ese tiempo para buscar palos para la portería, pero con tan mala suerte que no encontré ningún que tuviera la medida que necesitaba, que era de siete cuarenta de largo, cuando terminó las fiestas subí para Máguez y por la tarde en la Sociedad les estaba contando lo que pasaba con los palos cuando llegó señor Tomás Pinea, el padre de señor Pepe Pinea, que vivía en las Escamas, y todas las mareas venía a Máguez a vender pulpos, y cuando escuchó la conversación sobre los palos para la portería, nos dijo que en la Caleta del Mero había una “tose” este era el nombre que se le daba a los palos muy grandes y que tenía más de siete metros porque en la segunda guerra mundial hubo muchos barcos cargados de maderas y las fuertes mareas los arrastraban hasta la orilla y el primero que lo encontraba se quedaba con él, pregunté que quien tenía un “mechón” y al momento aparecieron tres o cuatro, el “mechón” era un tubo de lata que se llenaba de petróleo, se le ponía un trozo de saco, se encendía y era lo que se usaba para “pulpiar” de noche o “jachar” que era el verdadero nombre, serían las diez de la noche y salimos de Máguez caminando por las Cuevas, seguimos por el Raso por Peña Redonda hasta llegar a Las Escamas, seguimos por toda la orilla del mar hasta Caleta del Mero, todo este trayecto por una vereda muy estrecha, en la Caleta del Mero había una escalera de ocho metros de largo y una “tose” de cinco metros, los palos para las porterías ya los teníamos, el problema era como llevarlos hasta el campo de fútbol, porque por esas fechas no había caminos sino una vereda muy estrecha en medio del malpaís, regresamos sobre las dos de la mañana un poco desilusionado, pero sabiendo que ya teníamos los palos para las porterías, pasaron dos o tres días y no sabíamos cómo traerlos porque eran muy pesados y nadie daba idea

de cómo traerlos, al viernes siguiente recibí una carta del equipo de Tegui o de la Villa que era como se llamaba por entonces invitándose a jugar un partido gratis para recaudar dinero para nuestro equipo, sin pensarlo les contesté que sí, reuní a los muchacho que querían jugar y les dije que los que trajeran los palos serían los que jugarían contra el equipo de la Villa, han pasado más de sesenta años y todavía no sé cómo pudieron traer aquellos palos tan grandes y pesados.

Marcial Barreto que era un manitas se encargó de hacer las porterías, bueno ya teníamos el campo reglamentario, pero no teníamos equipaje, como tenía mucha relación con todas las Sociedades porque mi orquesta tocaba en todas ellas, me fui a La Unión Deportiva Lanzarote y me prestaron las camisetas y el pantalón para diez jugadores, es decir, que si había un cambio tenía que desnudarse uno para vestir a otro, las botas se las pedí al Club Deportivo Arrecife, cuando llegó el domingo que fue cuando se jugó el primer partido aquello fue un fiesta, todo Haría y Máguez estaban en el campo, el partido lo perdimos por diez a cero, pero lo de menos era el resultado, era la acogida que había tenido, por aquellos tiempos el cine y la lucha eran parte de nuestra diversiones, pues los dos tuvieron que cerrar, durante el partido con el equipo de la Villa vendimos cuarenta y cinco litros de vino, pasamos la bandera y recogimos bastante dinero. Tomasa Rivera se ofreció para hacernos el equipaje, en el año 1951 no venía ropa hecha, teníamos que comprar la tela y después hacer el equipaje, como este era de dos colores rojo y blanco tuve que comprar dos rollos de tela, con el dinero que cogimos en el partido y un poco que yo tenía de la música compré las botas de fútbol y la tela, ya teníamos campo y equipaje pero nos faltaba donde reunirnos y guardar todo lo nuestro, porque hasta entonces nos reuníamos en la Sociedad y se no hizo muy pequeña.

Mi primo Segundo Ramírez Figueroa tenía un cuarto en la plaza de Santa Bárbara, era muy adecuado porque estaba a doscientos metros del campo de fútbol, fui a hablar con él y me comenta que lo tenía con unas cuarterolas de vino, por lo que le dije que le comprábamos todo el vino para venderlo durante los partidos pero que se lo íbamos pagando según se iba vendiendo, después de pensarlo aceptó, todavía tengo el contrato de arrendamiento siendo redactado por Gregorio Barreto Viñoly, que por aquel entonces empezaba a trabajar en el Ayuntamiento de Haría, ya teníamos todo lo necesario para funcionar como un equipo de fútbol.

En el pueblo de Haría había un cura que se llamaba don Juan Arocha Ayala, y era el fundador del fútbol del pueblo de Haría, ya había entrenado varios equipos durante la segunda Guerra Mundial, como el Torpedo o el Avión y algún otro, un día que fui a la molina de don Gabino a moler el grano para hacer el gofio me encontré con don Juan, estuvimos hablando un buen rato de fútbol y me comenta que él estaba haciendo un equipo con todos los jóvenes del pueblo y que cuando fuera a inaugurar nuestro campo le gustaría jugar contra los de Máguez.

En Haría no había campo de fútbol, porque el que tenían lo tuvieron que dejar cuando se fueron los militares, ya que los equipos que don Juan entrenaba eran soldados que estaban haciendo el servicio militar, también jugaba algún vecino del pueblo pero muy pocos, siempre que iba a casa de Ladislao, el padre del mudo, o a casa de Joaquín Rodríguez a tocar pasaba por casa de don Juan el cura y charlábamos un buen rato, quedamos de acuerdo para la inauguración diciéndome que tenía que nombrar a la madrina y las damas de honor y que él se encargaría de bendecirlo, por la noche nos reunimos y acordamos que la madrina sería Olga Borges y las damas Mari Carmen Betancor y Victoria Luzardo

El **equipo de Máguez** estaba formado por:

Portero: Vicente Peraza,

Defensas: Andrés Brito, Pancho Socas y Severo Villalba.

En la media: Rafael Rivera, Juan Pacheco y Pepito Feo.

Delantera: Pepe Zerpa, Antonio Doreste, Pancho “el Cubano” y Chanillo Figuera.

El Haría trajo de madrina a Nina Rodríguez, y de damas de honor a Pepita Pérez y a María de los Ángeles Feo.

El **equipo del Haría** lo componían:

Portero: Antonio Páez,

Defensas: Santiago Pérez, Antonio “el Ruta” y Humberto.

La media: Nicolás Reyes, Regino Barías y Tomás Torres.

Delantera: Suso “el del Valle”, Quino Melgarejo, Antonio Montero y Manolo Julito.

Antes del partido, don Juan “el cura” bendijo el campo y habló de la labor que yo estaba haciendo por el fútbol en el pueblo de Máguez, ese día con el dinero que sacamos entre la cantina y la pasada de la bandeja compré un nuevo equipaje y formé un equipo juvenil y cuatro infantiles, después Rafael Morín hizo un equipo con jugadores que se iban de los demás equipos y le puso de nombre El Cometa, nuestro se llamaba Máguez Unión Deportiva, en la época de verano, cuando venían los estudiantes hicimos otro equipo con los que estaban estudiando en la Península y de aquellos estudiantes casi todos son médicos, tengo fotografías del equipo, así que en el pueblo de Máguez hubo siete equipos



Pancho el Cubano

de fútbol, pasado unos meses el equipo de Haría nos invitó a la inauguración de su campo, ese día les ganamos por tres a uno, también fue una fiesta muy grande, como el fútbol hundió tanto a la lucha como al cine. Antonio Mesa que era el dueño de todos los aparatos para pasar las películas decidió que el mejor día era el sábado por las noches y así la gente podía ir tanto al fútbol como al cine,

En los años cuarenta y cincuenta el pueblo de Máguez era un pueblo rico en cuanto a la agricultura, se decía que había cien camellos y doscientos burros, también se decía que habían más de cien bodegas porque casi todas las casas tenían un par de cuarterolas de vino, yo llevaba una rondalla y un trío, tengo fotos, lo del teatro fue por casualidad, un día que estábamos en la Sociedad ensayando unas canciones nuevas que me habían mandado de Ediciones Vistacne vino hablar conmigo Eloísa Barreto Viñoly, que era maestra de escuela y daba clases particulares en su casa, me pidió que le ayudara a montar un grupo

de teatro con las niñas que tenía, se trataba de que ella ponía las obras y yo la parte musical, se trataba de que entre acto y acto para hacer más amena la función yo saliera con el trío tocando y que alguna niña cantara, las niñas eran de ocho o nueve años entre ellas estaban: Mari Luz, Trinita Barreto, Juanita la de los Cascajos, su hermana Nieves, María de los Ángeles y otras más.



Equipo infantil de Máguez "Santa Bárbara"
Floro el de Concepción, Emilio el de Juan Curbelo, Federico el de Bernabé, Francisco Olivero, Juan Rivera,
Pedro el del Corcobao, Felo Luzardo, Toño el de pepe Hernández, Suso Chamorro, Jorge Santana y Juan Santana

Aquel año fue malo de cosecha porque llovió muy poco y por las tardes se sacaba a Santa Bárbara en rogativas por las calles del pueblo pidiéndole que trajera las lluvias, recuerdo que fue un día de Santa Catalina, domingo cuatro de la tarde estábamos ensayando en la Sociedad con las niñas para ver si alguna tenía voz y oído que era lo principal para cantar, ya habían cantado algunas niñas y cuando le tocó cantar a Mari Luz empezó a llover con tormenta y en pocas horas se llenaron todas las aljibes, recuerdo que la maestra decía que ya no se sacaría más a Santa Bárbara, que con que cantara Mari Luz ya llovería, por esa época habían un dicho que decía: si no llueve por Santa Catalina o San Andrés malo es, después de estar ensayando durante dos meses, pusimos la obra en escena en Haría y tuvimos un gran éxito con el dinero que se sacó se compraron muchas cosas que le hacían falta a las niñas, después fuimos a Guatiza, San Bartolomé y finalmente en Máguez, en todos los sitios llenamos el salón, y como sacamos suficiente dinero para todo lo que les

hacía falta en la escuela dimos por terminadas las representaciones, pasaron unos días y el gusanillo del escenario lo tenía metido todo el día en la cabeza, en una reunión con los que me ayudaban con el fútbol les dije que si las niñas habían tenido mucho éxito ¿por qué no lo intentábamos con un grupo de mayores, les dije que necesitábamos dinero porque queríamos formar un equipo de juveniles y cuatro equipos de alevines o infantiles, ya que con el dinero que sacábamos del fútbol sólo daba para mantener al primer equipo, yo no sé qué influencia tenía sobre ellos que todos estuvieron de acuerdo, nos reuníamos por las tardes en la Sociedad con don Enrique “el cura” el cual nos prestó varias obras, pero ninguna nos interesaba porque eran religiosas, entonces le escribí a mi hermano Marcos, que era director del grupo de teatro de Los Salesianos y me mandó varias obras, después de repasarlas todas elegimos tres, una que era de tres actos que se titulaba “Robustiano el carnicero” y se trataba de un señor que era del campo, bruto como un arado que montó una carnicería en Madrid en plena República Española y como por esa época había mucha necesidad, cuando iban a comprar carne alguna chica joven se la regalaba, no le cobraba esperando recibir algo a cambio, cuando se enteraron las madres que tenían hijas jóvenes las mandaban a comprar y se formaban unos escándalos terribles, el papel de Robustiano me tocó hacerlo a mí, y las chicas eran: Quica Rivera, Lalita Brito, Victoria Luzardo, Olga Borges, Mari Carmen Betancor y algunas más, y hombres estaban: José María Hernández, que era el apuntador, José Domingos Rodríguez, el director además de: Celestino Romero, Juan González Fierro, Pablo Largo Caballero y varios más, pusimos la obra en escena en los mismos sitios que lo hicimos con las niñas y tuvimos que repetir en Guatiza y en San Bartolomé, con el dinero que sacamos compramos el equipaje para el equipo de juveniles y para los cuatro alevines, y les pusimos de nombre San Pedro, Santa Bárbara, el Carmen y el Bilbao, y al juvenil la Unión, con el dinero que nos sobró alquilamos una guagua y nos fuimos por toda la isla, de todo esto que yo cuento tengo fotografías, viendo el éxito que habíamos tenido Don Enrique “el cura” vino hablar conmigo y me dice que quería ayudar con los equipos pequeños, que él se hacía cargo de entrenarlos y que me daba todos los meses una peseta como ayuda al club, pero como condición ponía que los domingos tenía que llevar a todos los equipos a misa, los primeros domingos logré llevarlos a casi todos a misa pero después íbamos diez o quince muchachos, hasta yo dejé de ir a misa porque mis tíos, con quien yo vivía, dejaron de salir al campo y yo no podía atender tantas cosas al mismo tiempo llevaba la Sociedad, el Fútbol, el teatro, la música y ahora por si era poco tenía que hacerme cargo de todos los terrenos y de los animales, mis primas las gemelas Juana y Cloti se me ofrecieron para ayudarme en el campo, ellas era hijas de mi tío Roque, hermano de mi padre, me tenían mucho cariño porque decía que le recordaba mucho a mi padre, cuando tenía que traer las cosechas del campo él me las traía con su camello, pero a pesar de las ayudas el día lo tenía siempre ocupado, sobre todo por las tardes, aunque estábamos bien organizados y cada cual llevaba su trabajo, si yo no estaba presente ninguno estaba conforme, solamente con organizar los equipos de fútbol tenía trabajo de

sobra, porque niños había sobre noventa o más , después entrenar con los más grandes, ensayar con el teatro y también con la música, así que el día se me hacía corto.

En el año 1952, mis tíos deciden vender varias casas que tenían en Las Palmas de Gran Canaria, en el Puerto de La Luz, como así se llamaba entonces en la Calle Guanarteme frente a la ermita del Carmen, le acompañé, estuvimos una semana para poder vender las cinco casas que tenían, yo aproveché para ver a mi madre que hacía dos años que no la veía, también fui a visitar a mi novia que estaba en casa de Dominga, su hermana que vivía en los Portales de Arucas, tuve que coger un coche pirata hasta Arucas y después subir caminando cinco kilómetros hasta los Portales.

Una vez de regreso a Lanzarote un hermano de mi tía Juana, que se llamaba Antonio Perdomo, que era el padre de Evaristo, padre de mi yerno Santiago, le pidió dinero para viajar a Venezuela, él se fue solo y luego reclamó a su mujer que se llamaba Manuela y a tres de sus hijos:

Antonio, Evaristo y Fermín y a Manuel, el más pequeño lo dejaron en casa de mi tía donde yo vivía, no me acuerdo cuantos años tenía pero era muy pequeño y a mí me tocó criarlo, pasaron unos años sin nada relevante que contar, tan solo que vino el Obispo de Las Palmas a dar la confirmación, y recuerdo que apadriné a



Equipo de Lucha de Málaga 1955:
Juan Niz, Andrés Perdomo, César Fén, Cristóbal Perdomo, Juan Domingo Vilalba, Pancho Curbelo y Pepito Fén, el mandador. (de pie de izquierda a derecha)
Rafael el Pintado, Romanin Betancort, Santiago Barreto, Pepe Camurria, Nono el Artista y Jesús Vilaly (agachados de izquierda a derecha)

trece ahijados: Nono “el artista”, Manuel Perdomo, Pepe Camurria, Lázaro Socas, Pancho Curbelo, Felo Luzardo, Nono Borges, Andrés Figuera, Andrés Brito, Juan Morales, Manuel Bonilla, y otros más, cuando terminó la misa los llevé a comer a casa de Lucas “el buzo” que tenía una cantina en el mismo local que hoy está la ferretería de Haría, hoy después de más de 60 años, todavía muchos me piden la bendición, entre todos mis ahijados había dos que eran diferentes a los demás, Pancho Curbelo, que era un niño de unos vecinos que lo estaban pasando muy mal él se llamaba Juan Curbelo y ella Emilia García, el niño siempre estaba buscándome porque yo le daba fruta pasada y queso, era muy cariñoso y todavía cuando me ve me da un fuerte abrazo y me pregunta por la familia, la madre de Pancho era la que me llevaba las cartas a mis novias, yo les ayudaba porque pasaban mucho trabajo, no tenían terrenos, el otro niño era Manuel Perdomo Hernández, era hijo de un hermano de mi tía Juana, se llamaba Antonio y emigraron a Venezuela, su mujer que se

llamaba Manuela y sus tres hijos: Antonio, Evaristo, y Fermín, a Manuel lo dejaron con dos años en donde yo vivía, osea, en casa de mi tío Lorenzo, también era muy cariñoso yo me lo tenía que llevar a todas partes porque mis tíos eran muy mayores y no lo podían cuidar, pasaban los años y yo siempre luchando por lo mío que era la música, el fútbol, el teatro, la Sociedad y el campo.

Después que se recogía las cosechas nos íbamos a la playa porque así se llamaba, solo habían cuatro casas y se quedaban todos los de la familia, los colchones eran de paja de cebada y cuando éramos muchos se sacaba la paja de los colchones y se tendía por toda la habitación que solo había una, estábamos el mes de agosto y parte de septiembre, cada dos días subíamos al pueblo de Máguez y luego pasábamos por el campo y traíamos fruta fresca, uvas, higos de higuera y también higos picones, a pesar de las incomodidades lo pasábamos muy bien.

Pasaba mucho tiempo junto a mi tío, él me contaba muchas cosas de su tiempo, me decía que en el pueblo de Máguez y Haría todos se llevaban como si fueran familias y también se conocían a los propietarios de todos los animales, así cuando encontraban algunos sueltos sabían de quien era, no tenían médico, sólo se utilizaban los remedios caseros.

Me contó que un día, mi abuela María, la mujer de mi abuelo Marcos, se enfermó y pasaron tres días y no mejoraba con ningún tipo de hierbas, sobre las tres de la mañana dice que mi abuelo Marcos llamó a mi padre, que se llamaba Zenón y que sólo tenía quince años le dijo:

móntate en el caballo pinto y vete a casa de señor Juan el Cisneros que vivía entre el cementerio de Guatiza y el Mojón, en unas chozas que estaban escondidas en un barranco y dile si puede venir porque tu madre está muy mal, dice que mi padre montó en el caballo pinto, llamado así a los que eran canelos con manchas blancas, por aquella época todos los caminos eran veredas así que a todo galope llegó a casa del curandero, todavía sin bajarse del caballo, se abrió la puerta, salió un hombre bajito pero muy fuerte y con un bigote muy largo y con una palmatoria en la mano, pero que apenas alumbraba muy largo. Contaba mi padre que era la primera vez que lo veía, le preguntó ¿qué se le ofrecía? y este le contestó que tenía a su madre muy mal, y que su padre lo mandó para pedirle, que por favor, si podía ir a verla, contestándole que se fuera tranquilo que iría lo más pronto posible, mi



padre montó en el caballo y marchó al galope pero llegando a la altura del pueblo de Mala se dio cuenta que no le había dicho quién era y donde vivía, así que nuevamente dio la vuelta y a todo galope volvió a la choza del señor Cisneros pero ya no estaba allí, muy disgustado por lo que había pasado decidió regresar al pueblo de Máguez y contarle a su padre lo que le había pasado, pero cuando llegó a su casa había un burro amarrado en la entrada, por aquella época todas las casas tenían varios amarraderos en la entrada de las casas, estuve un rato esperando fuera a que saliera el dueño del burro porque no quería que nadie se enterara de lo que me había pasado, pero cuál fue mi sorpresa que el dueño del burro era el señor Cisneros, yo me quedé atónito pensando que como supo que yo vivía en



Andrés Luzardo, Pollo de Máguez

aquella casa si nunca nos habíamos visto, estuve toda la semana pensando que cómo pudo saber quién era yo. Mi abuela María, vivía en el pueblo de Guatiza y al domingo siguiente como no se trabajaba decidí ir a verla y de paso acercarme a casa del curandero y preguntarle que cómo supo quién era yo y dónde vivía, cuando me vio llegar me preguntó: ¿está peor tu madre? le contesto que ya estaba bien, y que mi presencia se debía a que solo quería saber cómo supo quién era yo, me miró fijamente y se echó reír, me preguntó que si yo conocía todos los animales de la vuelta arriba, le dije: casi todos, pero el suyo lo conocía, entonces me preguntó ¿qué cuántos caballos pintos había en el norte? le contesto que solo el de mi padre, entonces me dijo que él conocía todos los animales, tanto burros, como camellos o caballos y que cuando vio el pinto que yo montaba dijo: ese es del señor Marcos Figueroa y por eso fui a su casa, mi tío me contaba muchas cosas que le pasó a mi padre pero resultaría un poco pesado contarlas todas.

Otra de las historias que me contaba mi tío Lorenzo era que por los años de 1800 vivía en el pueblo de Máguez, un hombre que se llamaba Ambrosio Rodríguez Perdomo, era conocido por “el Colorao”, le pusieron este mote porque cuando luchaba de las fuerzas que hacía se ponía colorao, decían que era un buen luchador y luchaba en el equipo del Volcán de Arriba, así se llamaban los equipos en el Volcán de Abajo luchaba un muchacho joven, muy alto y gran luchador decían que Ambrosio “el Colorao” nunca lo pudo tumbar, un día se tenían que enfrentar el Volcán de Arriba con el Volcán de Abajo, “el Colorao” hizo una apuesta con los luchadores de su equipo que iba a tumbar al puntal del Volcán de Abajo,

que se llamaba Baltasar Rodríguez Mesa, el que perdía tenía que matar una o dos cabras para comer todo el equipo, el día de la luchada, Ambrosio cogió una sábana de su cama y la rajó haciendo unas vendas y se forró todo el pecho, cuentan que Baltasar dejó en tierra con todo el equipo del "Colorao" quedando solo este, cuando iban agarrar "el Colorao" le dice a Baltasar: mira como tengo el pecho, se subió la camisa y le enseñó que lo tenía todo vendado, le contó que la mula de su padre le dio una patada y le rompió tres costillas, su padre era de familia muy rica, tenían muchos animales y muchas fincas, Baltasar se lo creyó y le dijo déjate caer para no hacerte daño agarraron y cuando el árbitro dio la orden "el Colorao" le dio un toque por dentro y le hizo comer toda la arena del terrero, Baltasar lo cogió para darle una paliza pero los luchadores del Volcán de Arriba lo agarraron y no pudo vengarse del engaño, pero lo que no sabía "el Colorao" era que tenía que devolver la lucha al Volcán de Abajo, a los pocos días no se supo más de Baltasar, se decía que se había ido para Venezuela, llegó el día de la luchada y el equipo del Volcán de Abajo presentó a su equipo con Baltasar de puntal pero no estaba con el equipo, empezó la luchada y "el Colorao" terminó con el equipo del Volcán de Abajo, nadie supo de donde salió Baltasar, el equipo de Arriba protestó pero sin razón porque estaba en la lista que tenía la mesa, cuando agarraron, al toque de pito Baltasar lo levantó y lo llevó donde había muchas tuneras con intención de tirarlo en ellas pero todo el público le gritaba: ¡qué vas a hacer! y Baltasar respondía: ¡voy a tirarlo a las tuneras porque es un sinvergüenza!

En el año 1956, en el mes de noviembre, vino de vacaciones a Lanzarote mi hermana Juana con su marido, que se llamaba Paco Vega, en viaje de novios porque ellos se habían casado en octubre, y Paco me propuso arrendar la Sociedad del equipo de fútbol de San José que estaba en subasta, me decía que todos los sábados hacían bailes y que yo podría tocar con la orquesta que tenían contratada y el resto de los días podía llevar el bar de la Sociedad, me lo pintó tan bonito que decidí casarme y marcharme a las Palmas, cuando se lo conté a todos mis amigos me decían que si yo estaba loco ¿que quien se iba hacer cargo de todo lo que yo llevaba? no hice caso de nadie, se lo dije a mis tíos y ellos no me ofrecieron nada que me hiciera cambiar, pensé que me iba a ofrecer que me quedara y que como no tenía hijos me iba a dejar algo de lo que tenía, estuve con ellos muchos años solo por la comida y la cama, por aquellos tiempos llegó de Venezuela un hermano de mi tía Juana y ellos

fueron los que se metieron en la casa y todo los días estaban desde por la mañana hasta por la tarde, y fueron los que se quedaron con parte de la herencia.

Y qué decir de los personajes de Máguez, destacar que el señor Santiago Barreto era uno de los labradores más ricos del pueblo, tenía toda clase de animales como camellos, vacas, burros, cabras, cerdos, ovejas y gallinas; y trabajaban con él muchos peones pero entre todos sobresalía Marcos Multiplique y Antonio Robayna.

Marcos era una persona que le gustaban mucho las bromas, un día cuando se recogían todas las cosechas, señor Santiago mataba un cochino e invitaba a todos los trabajadores a comer a su casa cuando se acabó uno de los garrafones de vino le dijo a Marcos que bajara a la bodega y trajera otro garrafón. Marcos estaba ya medio "chingao" de tanto vino que había bebido, bajó a la bodega y cuando iba subiendo los escalones resbaló y cayó rompiendo el garrafón de vino, señor Santiago que oyó el "talegazo" fue corriendo a la puerta de la bodega y muy enfadado le dijo: eres un tolete, ¿cómo diablos se te calló el garrafón? y Marcos sonriendo le preguntó. ¿De verdad que quiere saber cómo se me cayó el garrafón? pues fue así señor Santiago, cogió otro garrafón de vino se lo puso en el hombro y cuando llegó a la escalera hizo como que se tropezaba con algo y cayó y rompió el garrafón, señor Santiago que lo estaba mirando al verlo en el suelo bañado de vino empezó a reírse y dándole la mano a Marco le dijo: No apures Marcos que más se perdió en el Valbanera".



Antonio Robayna era otro de los peones de Santiago Barreto, sobre todo en el verano en el tiempo de las frutas, se encargaba de coger los higos picones para que cuando las mujeres llegaran tuvieran los higos barridos y preparados para poderlos pelar después, Antonio los llevaba al pasero donde el sol se encargaba de secarlos pero Antonio era un hombre que comía mucho y como señor Santiago lo sabía, le puso de condición que todo el tiempo estuviera cantando, a veces, Antonio se comía los higos del pasero y como tenía la boca llena señor Santiago le decía: ¡Antonio que no te oigo cantar!

Un día que señor Santiago no fue a la finca, cogió una cesta de higos y se la comió estuvo trabajando hasta que el sol se puso y después fue caminando hasta el pueblo de Máguez

que era donde él vivía. Su mujer para cenar le puso caldo de millo con carne de cochino, se comió dos platos, se tomó medio litro de vino, se acostó en su catre de viento y quedó roncando, a las tres de la mañana se despertó sudando como un cochino y llamó a su mujer: ¡Domitila, hazme una taza de pasote porque estoy malo de la barriga! él sabía lo que le pasaba, pero no quería que señor Santiago se enterara que se había comido una cesta de higos picones porque se podía enfadar, viendo que no mejoraba, Domitila llamó a una de sus hijas para que se montase en su burra y fuera a Haría a buscar al médico don Eduardo, este lo estuvo observando y lo único que notó era que tenía la barriga hinchada, le preguntó qué era lo que había comido y sólo le dijo que había comido caldo de millo pero no le dijo nada de los higos picones, le preguntó “que si había ido al corral a cagar” y Antonio le contestó que fue y no pudo, entonces don Eduardo le dijo a su mujer que fuera a Haría y le dijera al señor Juan de León que viniera a verlo que estaba malo y que trajera un cuerno y ella le preguntó ¿Y pa’que dominios quiere el cuerno? Y don Eduardo le contestó: Coño, porque tu marido está tupió y no puede cagar.

Enfermedades, remedios, médico y entierros en los años 20,30 y 40

-Enfermedades:

Lamparón, pesoña, mal de ojo, forúnculos, pleura, bronconeumonía, el pomo, tabardillo, erisipela, escrófula, hidropesia, disentería, cólico miserere, tísico, pulmonía, escondche, dolor de muelas, cagalera, lombrices, picos dentro del ojo, tupió de higos picones, paperas, toserina, tiricia y sarampión.

-Remedios para estas enfermedades

Cataplasma de moralillo, semillas de linaza, ventosas, corcova de camello, vomitadura de pardela, hierba clin, rogativas, santiguado, manteca de ganado, sanguijuelas, lavativas, parche rojo pegado en el ombligo, picón en los zapatos, leche de la recién parida en el oído de los niños, trozos de tuneras pegados en la frente, veramón y agua carabaña.

- Médico y Entierros:

Cuando una persona se enfermaba en cualquier pueblo de la jurisdicción del Ayuntamiento de Haría, para los siete pueblos sólo había un médico, se llamaba don Eduardo, era uno de los mejores médicos que había, vivía en el pueblo de Haría, como en aquella época no había coches así que había que irlo a buscar en un burro y si no tenías se lo pedías al vecino, tenías que traerlo y llevarlo a su casa, te hacía la receta y como en el municipio no había farmacia, tenías que ir a casa de Nicolás el de la “exclusiva” para que cuando bajara al Puerto te las comprara, en aquella época no se decía voy a Arrecife sino voy al Puerto, si no tenías dinero para pagarlas ibas a casa de un prestamista, y en Haría había varios: estaba Mercedes “la coja”, don Emilio Rodríguez, don Juan Betancor y muchos más, el dinero que te prestaban

lo pagabas con el dinero de la próxima cosecha, si el año era malo y no podías pagar, muchas veces te quitaban un trozo de tierra y si el enfermo moría tenías que pedir más dinero, cuando se moría alguien llamaban al carpintero y el cajón que les hacían en aquella época eran todos iguales, los velatorios se hacían en las casas, el difunto se ponía en la habitación, la viuda se sentaba en la cama y a su alrededor se ponían los que acompañaban, la viuda se tapaba con un sobretodo que era como una mantilla que le tapaba todo el cuerpo, el color siempre era negro, por la noche salían varios vecinos avisando para el entierro, tocaban por todas las puertas de las casas gritando "Si quiere acompañar al entierro de fulanito o fulanita " después se avisaba al cura que se llamaba Juan Acocha Ayala, el cura venía caminando con dos monaguillos que tocaban unas campanillas, el difunto se llevaba al hombro hasta el cementerio que estaba detrás de la antigua iglesia de Haría situada en la plaza del pueblo.

POESÍAS

Poesía a todos los labradores del pueblo de Máguez

Máguez
Mi Máguez
Tiene terrenos mejores que los de Cuba
En ellos cogemos uvas
Trigo, cebada y centeno
Tabaco no lo tenemos
Porque fumar no nos dejan
Tenemos vacas y ovejas
Y cerdos de raza fina
Tenemos cabras y gallinas
Y la tierra de los moros
Mi Máguez tú no te quejes
que tienes un gran tesoro

Poesía a la mujer labradora del pueblo de Máguez

Seña aquella yo te llamo
Porque tu nombre no sé

Trabajas de sol a sol
Pa'tener pa'la vejez
Ahora que esta ha llegado
No tienes para comer

Tienes la cadera rota
Y las patas encorvá
Los ojos rojos rojizos
De tanto mirar y mirar
Al cielo a ver si llueve
Para tus campos sembrar

Y se ponen a cantar
Las cabras, el burro y tú
Pidiéndole a Dios del cielo
Que esta sequía se acabe
que venga el nuevo invierno
Con las lluvias torrenciales

Y así va pasando el día
Los meses también los años
Sin darte cuenta eres vieja
Y piensas que estás soñando

Hoy tú vives con tus hijos
Quien sabe Dios hasta cuándo
Donde quiera que te pongas
Sabes que estas estorbando

Hoy te toca con Antonio
Mañana con Isabel
Pasado con Margarita
Y después será Miguel

Por eso querida amiga
Yo quiero darte un consejo
Que cuando vas a dormir
Le pidas a Dios del cielo
Que ya se acuerde de ti

**Poesía a mi amigo Nicolás Curbelo o Nicolás
el de la exclusiva o el de la guagua,**

Nicolás salía de la Cancela y subía por Los Cascajos y paraba en La Hoya delante de Quico el de Rosendo, después hacía otra parada en la calle de San Juan justo delante de Manolo Robayna.

Una tarde en casa Quico
después que mucho esperaron
en la exclusiva montaron
seña Venancia y su chico

Era el chico un poco cuico
demasiado vivaracho
y su abuela como un macho
a Nicolás dice así pasaje entero pa'mí
y medio para el muchacho.

Nicolás serio y austero
contestó con sus razones
seña Venancia
los niños con pantalón bajo
pagan el pasaje entero

Hizo la vieja un puchero
Y entre llantos y retortos
coño Nicolás que el niño los trae largo,
pero yo los traigo cortos

Y seña Carmen Arrocha que estaba
oyendo encantada contestó muy decidida
contestó muy destemplada
Un momento Nicolás si esas son las condiciones
yo que no tengo pantalones no tengo
que pagar nada